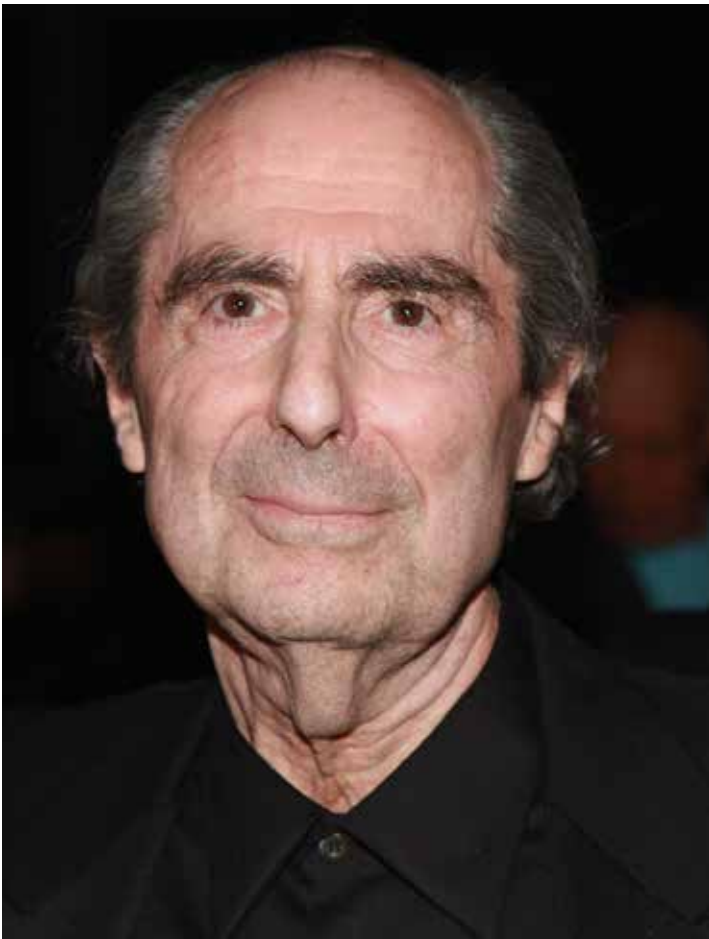




Philip Roth y el antihéroe inevitable

Gerardo Piña



Philip Roth. Fotografía: Taylor Hill/WireImage

QUIZÁS ALGUIEN CON MÁS SAPIENCIA Y PERICIA QUE YO debería ocuparse de reformular el sentido del “antihéroe” novelesco. Término atribuido primero a los pícaros como el *Lazarillo de Tormes* o el buscón Don Pablos de Quevedo, y más tarde a personajes tan disímiles como Holden Caulfield, el narrador de *El guardián en el centeno* de J.D. Salinger, Molloy de Beckett, o Humbert Humbert, amante de *Lolita*, un antihéroe debería ser revelado no tanto como alguien de conducta no ejemplar, sino como alguien que hace de esa conducta una manera de arrostrar el mundo.

En una tradición que une *Lord Jim* (1899) de Joseph Conrad y *La broma* (1967) de Milan Kundera, *La mancha humana* (2000) de Philip Roth explora como ningún otro autor en Estados Unidos la violencia infligida por la hipocresía. *Lord Jim* es el capitán de un barco que abandona a los pasajeros y a su tripulación después de un naufragio del que estaba seguro casi nadie saldría con vida. Se salva a sí mismo sólo para enterarse de que pasajeros y tripulación fueron salvados por alguien más. Lo juzgan y *Lord Jim* habrá de pasar el resto de su vida marcado como lo que fue: el capitán de un barco que prefirió salvarse a sí mismo antes que

intentar rescatar a los suyos. Ludvik, personaje central de *La broma*, hace un chiste que es usado en su contra y que sirve de inicio para que sea perseguido políticamente; un chiste que es llevado hasta sus últimas consecuencias volviendo absurdo y peligroso el sentido del humor, como ocurre en toda dictadura.

Coleman Silk es el personaje central de *La mancha humana*. Es un profesor de literatura clásica que durante treinta años se ha formado un prestigio como un gran académico en Athena College. Silk trasciende en su medio no sólo por sus conocimientos e inteligencia sino por su integridad y solidez en el medio universitario (en muy poco tiempo se convirtió en el decano de Athena). Sin embargo, un día hace un comentario “cualquiera”. Dos alumnos registrados en su clase no se habían presentado ni una sola vez en las primeras semanas de iniciado el curso, ante lo cual él pregunta de manera retórica en clase si alguien sabe algo de ellos, si alguien sabe si son fantasmas. La palabra empleada es “spooks”, que puede traducirse como “fantasmas” o “espectros”. Pero ocurre que a mediados del siglo veinte, esa palabra también era usada como un apelativo discriminatorio para referirse a las personas afroamericanas. Los dos alumnos ausentes eran afroamericanos y Coleman Silk es acusado de racista (algo muy serio y penado en la academia europea y norteamericana).

Aunque él ni siquiera los había visto y aunque el sentido que él le había dado a la palabra “spook” era el literal, ese comentario sirvió para que su carrera académica fuera destruida. En muy poco tiempo se vio obligado a renunciar como decano y a “jubilarse”. Su esposa fallece a consecuencia del escándalo y la

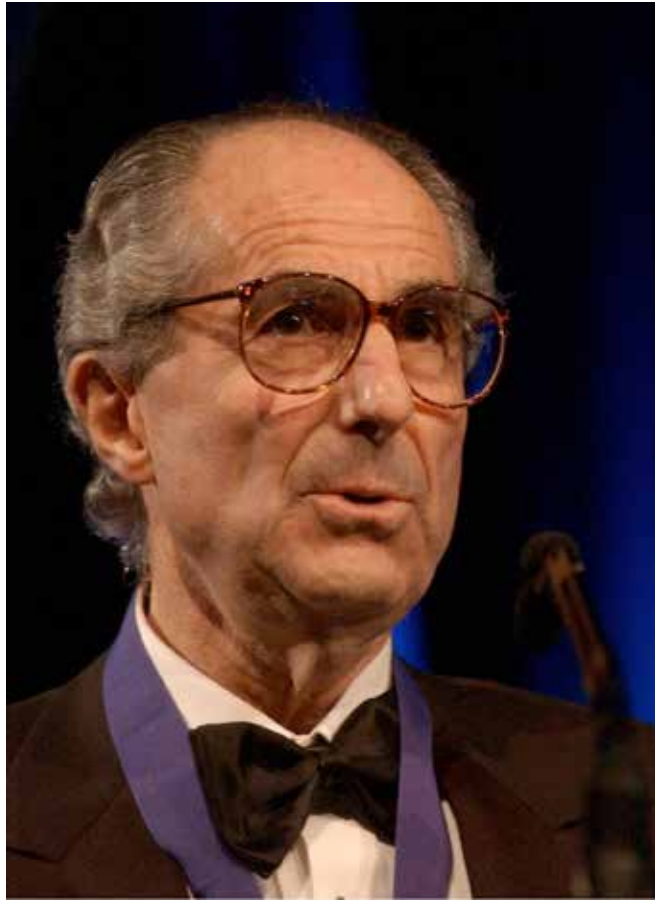
proporción alcanzada por el estigma. Tal vez el lector de este texto piense que ya le conté la trama de la novela y que ya le “eché a perder” la lectura de la misma. En absoluto. Lo que acabo de resumir sobre la trama es lo que cualquier lector aprende en las primeras páginas. El resto es lo que más sorprende, lo insólito, lo que Roth pone sobre la mesa para ponderar qué son la dignidad, la verdad, la moral, la honestidad y valentía. Porque si hay algo que la mayoría de los lectores da por hecho es que comprende muy bien la situación del personaje, que comprende muy bien la diferencia entre lo justo y lo injusto, entre el peso que tienen un error grave y una vida de acciones positivas. ¿Y si eso mismo fuera lo primero que se difuminara frente a nosotros? ¿Si esa certeza de lo que es correcto e incorrecto o de lo que es justo y lo que es una exageración como pena o castigo desaparecieran para volverse a forjar a fuerza de debates internos, de cuestionamientos que inevitablemente involucran nuestra capacidad de empatía?

En esta novela, Roth sacude los cimientos sobre los que descansan varios de nuestros principios sociales más evidentes en la cultura occidental y, por lo mismo, menos cuestionados (democracia, verdad, lealtad, justicia). Y no es que el autor de *La mancha humana* contraponga estos conceptos a otros de distinto orden con el fin de cuestionarnos sobre ellos; eso es sólo una parte de lo que ocurre. Roth propone en esta novela la imaginación como respuesta ante la imposibilidad de rastrear de manera precisa la relación causa-efecto de nuestra conducta. La imaginación como un ejercicio moral y político pero sin prejuicios. Intuir, suponer a partir de la evidencia cuáles podrían haber sido los

móviles de una persona para hacer lo que hizo y estructurar una versión más coherente y comprensible o al menos no tan incompleta.

El narrador de la novela es un escritor, Nathan Zuckerman, quien se hace amigo de Coleman Silk en los últimos años de vida del académico. Zuckerman es un autor de prestigio y a él se acerca Silk para contarle que quiere escribir un libro, *Spooks*, sobre los acontecimientos ocurridos en Athena College. Quiere evidenciar en un libro la confabulación de lo más bajo del mundo académico que lo rodeaba. Sin embargo, un día decide que no escribirá tal libro, que afrontar su situación es suficiente y que no quiere perder el resto de su vida en un pleito inútil. Zuckerman se interesa en lo que le pasa a Silk como su amigo, pero años después, con la muerte de Silk, el autor encuentra nueva información sobre el pasado del otrora decano de Athena College, y entonces la escritura del libro se impone más allá de la anécdota de la acusación de racismo. El resultado es la novela que el lector tiene en las manos.

Lo de menos sería señalar la eficacia con la que Roth crea estos niveles paralelos de ficción (una novela que es al mismo tiempo otra), porque en las manos de este escritor, estos artificios son apenas un



Philip Roth. Fotografía: D. Herrick/FilmMagic

juego. La parte fundamental de esta aventura es la incisión de Roth por abordar una vez más la cruel hipocresía de la sociedad norteamericana y, de paso, de prácticamente toda sociedad. Para

construir esta novela, Roth recurre a descripciones eróticas de una honestidad inusual, al retrato de un joven boxeador y sus pequeños grandes logros, invoca la perspectiva del amor y la familia desde la mente trabajada de un veterano de la guerra de Estados Unidos contra Vietnam, traza las dimensiones del amor perdido en la juventud y sus eternos fantasmas y, por si fuera poco, ahonda en ese abismo penitencial que es la traición.


En *La mancha humana*, el narrador y un trío de personajes refieren la anécdota del caso Clinton-Lewinsky para dotar de esa dosis de humor punzante que caracteriza al mejor Philip Roth y evidenciar lo que aun ahora no es obvio para muchos: no es posible que una *felatio* presidencial marque los hechos más importantes de una sociedad y su gobierno. Cuando eso sucede o que el presidente de un país no haya leído ni siquiera tres libros en su vida nos parezca sólo gracioso, poco más necesitamos para ver que hemos perdido la brújula desde hace mucho en asuntos

prioritarios. Y establecer prioridades no es poca cosa en un estado de emergencia en casi todo el planeta (por la escasez de alimentos, servicios, educación, por la urgencia de políticas financieras y ambientales que apunten hacia el desarrollo de los pueblos y no hacia su hacinamiento y enajenación).

La mancha humana no será uno de los títulos más bellos de los libros de Roth, pero es uno de los más precisos. La alusión al mismo la hace Faunia Farley, una mujer que pasó la vida siendo víctima de abusos masculinos, una amante de las aves. La imagen que ella evoca es sencilla, la humanidad se ha extendido como una mancha por todo el planeta, y en esa sencillez está uno de los planteamientos que en mi lectura se desprende de este libro. ¿Qué es eso que hace que la humanidad se vea como una mancha y no una influencia? Podría decirse que la respuesta es la condición humana, pero de ser así, la crítica y la denuncia también serían parte de esa condición humana, y eso nos lleva a un silogismo contradictorio o, mejor dicho, a medio silogismo. (¿Podríamos llamar condición de la humanidad a que sea siempre destructiva y rapaz, pero también autocrítica y desafiante?)

La labor de Zuckerman, como la de Roth, me llevan a pensar en un abanico más amplio de posibilida-

des. Más que una condición, la humanidad se extiende como una mancha por su incapacidad de mejorar al ritmo que el planeta le marca. Dentro de sus procesos más negativos hay, sin embargo, opciones de crítica y reflexión entre las cuales destaca la literatura. Quizás la literatura sea más necesaria en esta época en que la lectura y el diálogo son un lujo, un lujo paradójico cuando el acceso a los libros, a la información y al diálogo a través del Internet son exponencialmente mayores al de hace quince años, cuando el escándalo Clinton-Lewinsky ocupaba la mayor atención del mundo y un profesor universitario era perseguido y humillado hasta su muerte por hacer un comentario inofensivo sobre dos estudiantes.

De 1998 a 2013, ¿qué tanto han cambiado la hipocresía, la violencia y vulgaridad que acompañan el desprecio hacia los otros? ¿Es inevitable la condición de mancha de la expansión humana? La respuesta importa porque de ella depende que esperemos nuestro turno de morir como animales en un matadero o que hagamos algo al respecto a pesar de cometer errores como el que Coleman Silk cometió treinta años antes del incidente que lo llevo a ser acusado de racista. Su historia, como la de todos, comenzó antes de lo que él mismo pensaba. 

Philip Roth
La mancha humana
Traducción de Jordi Fibla
Barcelona, De bolsillo, 2008, 429 pp.

